

Aquí amé a la que en un «¿me quieres?»  
concentró en su pupila azul  
todo lo que hay en las mujeres  
de sugestión y de inquietud.

Allí al mirar mi deficiente  
lauro, en alguna premiación,  
mi pobre madre dulcemente  
sobre la frente me besó.

Claustro que tienes el encanto  
de un recuerdo en cada pilar,  
claustro hecho en gloria y calicanto  
sobre piedra y eternidad.

Sobre tu gloria y tu leyenda  
tienes una virtud mejor:  
eres la fábrica estupenda  
en donde nace el corazón.

JUAN LOZANO Y LOZANO

## LA FIESTA DEL SEÑOR VICERRECTOR

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que en toda época ha sabido rendir tributo de agradecimiento a sus leales servidores, por cuanto la justicia perfecciona la naturaleza de la institución, no podía pasar en silencio el acercamiento de la fecha en que su actual Vicerrector, doctor Jenaro Jiménez, iba a coronar sus primeros veinticinco años de sacerdocio católico. Llevar entre nosotros veinticinco años de labor continuada, en cualquiera de las esferas de la actividad, es siempre señal de rara constancia, y cuando esos años han corrido en medio de las faenas evangélicas y educacionistas, es tanto más meritorio a los ojos de Dios,

que nos ha concedido el tiempo como uno de sus más preciosos dones, y a los ojos de la sociedad en que vivimos, que exige de sus miembros la ayuda mutua para el común engrandecimiento. La Providencia va señalando el sendero que a cada cual corresponde recorrer, y por diversos que parezcan los caminos de que se sirve para que cada cual cumpla su fin, maravilla y pasma la armonía del conjunto.

De los veinticinco años que el doctor Jiménez cumple en el presente de su labor sacerdotal, más de veinte lleva ya consagrados al Colegio, lo que quiere decir que existe una gran afinidad entre el sacerdocio y el magisterio docente. Y cómo no, si la Iglesia es la maestra y doctrinera de los hombres desde la cuna hasta el sepulcro, si su palabra de paz y de verdad es escuchada en el orbe entero, y si los pueblos que la desoyen caen en la relajación que los conduce a la barbarie. El doctor Jiménez se ha ganado las simpatías del Colegio por su ingénita benevolencia, por aquella modestia que le ha hecho renunciar honores a trueque de vivir dentro del claustro, por su saber en varias disciplinas didácticas, y por la pureza de su vida. No brillaran de modo saliente en él estas virtudes, no sería el Colegio del Rosario quien lo contara entre sus altos servidores de casi un cuarto de siglo.

La Consiliatura del Colegio, representante de la autoridad y guía mediato de la marcha general del Instituto, quiso que éste honrase en el presente año al doctor Jiménez, y al efecto dictó el acuerdo número 10 de 1923, por medio del cual dispuso la celebración de las bodas de plata sacerdotales del doctor Jiménez, dando así carácter de acto del claustro a lo que ya revoloteaba en el corazón de los superiores y alumnos.

Fijada la celebración de los festejos para el día 19, onomástico del señor Vicerrector, en las primeras horas.

de la noche del día anterior tuvieron los alumnos internos largo rato de solaz a los acordes de magnífica orquesta. En el Colegio del Rosario la alegría de los alumnos es compañera de la justicia.

A las 7 de la mañana del 19 el doctor Jiménez celebró el sacrificio de la misa, y lució en ella el rico y bello ornamento encarnado, obsequio personal de Monseñor Carrasquilla. Considerable número de alumnos se acercó a la mesa eucarística en medio del mayor recogimiento. Quisieron ellos, de esta manera, testificar al señor Vicerrector el cariño que le profesan y el beneficio espiritual de tomar parte tan directa en las festividades.

A las 9 de la mañana, de una mañana en que el sol vistió todas sus galas de verano, la capilla del Colegio se encontraba llena del más respetable concurso. Personalidades salientes del clero secular y regular, altos empleados civiles, el cuerpo de catedráticos, distinguidas damas y caballeros de la sociedad de Bogotá, y el Colegio rigurosamente uniformado, llenaban el recinto del templo. A esa hora celebró la misa solemne el doctor Jorge Murcia Riaño, nuestro distinguido catedrático de religión. Pasado el evangelio, ocupó, en medio de general expectativa, la cátedra sagrada, con la unción y maestría que le adornan, el señor canónigo doctor Jose Vicente Castro Silva, quien en frase elocuente y discreta trazó el cuadro de la conmemoración de este día y habló de las excelsitudes del sacerdocio, que tiene su centro vivo y perenne en Jesucristo. Justas fueron sus palabras al analizar las labores docentes del señor Vicerrector en el glorioso claustro que han ilustrado preclaros varones de la República y de la Iglesia. Al finalizar la ceremonia religiosa, y ya en los amplios salones del Colegio, el doctor Jiménez fue objeto de

las más calurosas felicitaciones de parte de sus compañeros en el sacerdocio y en las aulas.

Los prefectos, los inspectores y alumnos, tanto internos como externos, dieron a conocer sus sentimientos en los breves y sentidos discursos que publicamos adelante y en los hermosos regalos con que lo obsequiaron. Los señores catedráticos del Colegio también le ofrendaron al señor Vicerrector un valioso presente.

A las 5 de la tarde, en el refectorio del Colegio, adornado con sencilla elegancia, se sirvió una taza de té para cerrar las festividades. Se sentaron a la mesa los catedráticos, Monseñor Carrasquilla, doctor Jenaro Jiménez, doctor Miguel Abadía Méndez, doctor Manuel José Barón, doctor José Vicente Castro Silva, doctor Jorge Murcia Riaño, don Antonio Gómez Restrepo, doctor Alejandro Motta, doctor Juan C. Trujillo Arroyo, doctor Alberto Suárez Murillo, doctor Justiniano Cañón, doctor Roberto Cortázar, doctor José Antonio Mantalvo, doctor Pablo Gregorio Alfonso, doctor Francisco M. Renjifo, doctor Pedro M. Silva, doctor Luis M. Mora, doctor Rafael Caycedo Ricaurte, doctor Daniel Ortega, doctor Manuel Antonio Botero, don Alfredo Azula y doctor Luis Enrique Forero; el presbítero doctor José Manuel Marroquín; los doctores Manuel Vicente, Francisco y Guillermo Jiménez y don Misael Jiménez, hermanos del señor Vicerrector; don Pedro, don Andrés y don Luis Carrasquilla; don Rafael Sarmiento, prefecto del Colegio, el doctor Guillermo Jaramillo, Representante al Congreso, graduado en el claustro; el doctor Juan N. Corpas, catedrático que fue del Rosario, actual Rector de la Facultad de Medicina; don Antonio Rocha, nuestro secretario en los años pasados, don Luis Aparicio, antiguo alumno del Colegio, don Carlos Lozano y Lozano, actual se-

cretario, y los inspectores internos don Bernardo Reyes Acosta, don Domingo Arenas y don Félix A. Camargo.

A la hora del champagne, Monseñor Carrasquilla, intérprete fiel de los sentimientos de los allí congregados, dirigió al doctor Jiménez las palabras que en otro lugar de la Revista se publican. A estas frases contestó, en forma que revelaba la modestia y la emoción, el señor Vicerrector.

Las notas de la orquesta llenaban los ámbitos del claustro, cuando la concurrencia se puso de pie llevando de la fiesta la más grata impresión, porque al natural regocijo de la hora se unía la satisfacción de haber llenado gratisimamente un deber de justicia para con el compañero y el amigo.

Quiera Dios prolongar la vida del doctor Jiménez para bien del Colegio y para que coseche triunfos de esta clase que, no por modestos y humildes, son menos gloriosos y dignos de alabanza.

---

### Dedicatoria de una fiesta

Señor Vicerrector, señores:

Hoy es día de intenso regocijo para nuestra *alma mater*, especialmente para los que estamos reunidos al rededor de esta mesa. Somos católicos y estamos festejando a un ministro de Cristo, dispensador de los misterios de Dios; hijos del Rosario, al hermano mayor, no por los años, sino por la dignidad sacerdotal; catedráticos, a uno de nuestros más doctos colegas; amigos del doctor Jiménez, al que ha sido con nosotros ejemplar de caballerosidad y gentileza.

Quiero aprovechar esta ocasión para dar, como Rector, al señor doctor Jenaro Jiménez, público testimonio de aplauso y reconocimiento. Veinte años hace que

viene desempeñando la difícil tarea de Vicerrector consagrando la mejor parte de su vida a la labor, sacerdotal por excelencia, de formar la juventud para Dios y para la República. A sus esfuerzos se deben en gran parte los sazonados frutos que hemos cosechado. Porque el doctor Jiménez posee las condiciones del pedagogo cristiano: gravedad sin estiramiento, actividad que no se apresura, amistad con los alumnos exenta de indebidas complacencias, vigilancia que no los humilla ni deprime, la entereza mezclada de dulzura. Y lleva todo este trabajo en silencio, huyendo de los honores y encomios con el mismo ahinco que otros ponen en pretenderlos y reclamarlos como si se los debieran de justicia.

Personalmente me honro al contar al doctor Jiménez en el número de mis mejores amigos. Me ha rodeado de respeto y de inmerecidas atenciones; ha procurado magnificar artificialmente mi figura para esconder detrás de ella sus merecimientos y servicios; nunca ha surgido entre los dos diferencia de pareceres; no he tenido secretos para él y lo he visto siempre a mi lado en las horas de contento y en los días de tribulación y amargura.

Brindo por el señor Vicerrector, haciendo votos porque Dios le otorgue largos años, tan llenos como los anteriores. Si los hombres, que no suelen advertir sino el mérito que relumbra, lo dejan pasar sin mirarlo, nuestro Padre celestial que ve en lo escondido, le concederá brillar en perpetuas eternidades, por haber enseñado a muchos la justicia.

R. M. CARRASQUILLA



### Respuesta del señor Vicerrector

Señor Rector:

Aconsejaba Hamlet a Polonio agasajar a los cómicos: «Yo, señor, los trataré conforme a sus méritos,» contestó éste. «No, señor, mucho mejor, le replica Hamlet; si a los hombres se les hubiese de tratar según merecen ¿cuántos escaparían de ser azotados? Tráталos como corresponde a tu nobleza y a tu propio honor; cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad.»

Vos, señor Rector, estáis cumpliendo regiamente tan alto consejo: honráis a un humilde cooperador de vuestra obra, y de tal manera, que hacéis con ello resaltar espléndidamente vuestra nobleza, brillar más vuestro honor y poner de manifiesto vuestra gran bondad.

Ya era para mí gratisimo y sumamente honorifico ser el cooperador inmediato del gran Rector cuyas virtudes personales y labor fecundísima y vasta en el Colegio guardará la historia con admiración y respeto; ser el admirador obediente de los sabios y discretos consiliarios, meritísimos de la juventud y de la Patria, el compañero de labores de tan ilustres catedráticos, dechado de profesores de Colombia y tales como los soñara el Fundador del Colegio; el colega afortunado y como hermano mayor de esa brillante pléyade de alumnos que son hoy honra del Colegio, decoro de la ciencia y las letras, sostén y amparo de la Iglesia y de la Patria.

Por eso vuestros homenajes y atenciones, tan honorosos como agradables, ponen el colmo a mi gratitud y rinden a vuestros pies mi voluntad y mis afectos.

Quisiera que leyérais en mi corazón lo que mis labios no aciertan a expresar: sería inmensa vuestra satisfacción contemplando vuestra obra: hacéis a un hombre plenamente feliz.

Brindo por vosotros esta copa para reiterar y sellar con este acto, como lo hiciera un caballero jurando por la empuñadura de su espada, mi promesa incondicional de mis más fieles obsequios, de mi sincera devoción, de mi amistad respetuosa, y de mi eterna gratitud hacia vos, señor Rector, y hacia vosotros que tenéis la bondad de acompañarme.

JENARO JIMENEZ

### Los superiores y alumnos internos al señor doctor Jiménez

Señor doctor Jiménez:

Nombrado por los superiores y alumnos de este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, tengo el honor de saludaros en este día, con ocasión de vuestras bodas de plata sacerdotales y de vuestro onomástico, y desearos al mismo tiempo que en calma paséis este mar agitado de la vida, que no intimida a las almas que, como la vuestra, se hallan alumbradas por la antorcha salvadora de la fe y guarnecidas con el escudo de la virtud.

Permitidme que entre las múltiples cualidades que os adornan, haga especial mención de una que ha llamado grandemente mi atención durante los siete años que llevo a vuestro lado: es la de ser a un mismo tiempo maestro y profesor; cualidad preciosa y rara, más que el diamante, entre los hombres que a la juventud se dedican. Porque no todo profesor es maestro ni todo maestro es profesor. Encontrar un profesor es cosa fácil, mas hallar un maestro es extraña fortuna. Profesor «es la persona que ejerce y enseña una ciencia o arte.» Redúcese pues, su misión a formar de sus discipulos hombres versadísimos en esa ciencia o arte. Pero eso no basta. Es necesario que al joven se le forme el carácter

mediante una acertada dirección de la voluntad; de lo contrario, tendríamos un hombre incompleto y de nada le servirían sus profundos conocimientos, pues no sería señor de sus actos: tal es la misión del maestro.

Para cumplirla necesita vivir con sus discípulos bajo un mismo techo; compartir con ellos tanto las horas de contento como las horas de tristeza; y dirigir sus actos de manera tal que el discípulo vea en todos y en cada uno de ellos, a la par que un motivo de perfeccionamiento intelectual un ejemplo que contribuya de manera eficaz a su perfeccionamiento moral. De ahí que el maestro ejerza decisiva influencia sobre el porvenir de la juventud, y por lo tanto indirectamente sobre los pueblos, porque los jóvenes encargados más tarde de conducir las naciones a su más alto grado de prosperidad, al sobresalir unos en la jurisprudencia, otros en la milicia y en la medicina, por ejemplo, no hacen otra cosa que ir desarrollando lo que aprendieron en los primeros años de su vida al lado de sus maestros. Tal ha sido vuestra obra eminentemente benéfica durante los veinte años que habéis pasado a la sombra de esta *alma mater*. Pero no es esto sólo, sino que mi admiración, mis simpatías y mi cariño crecen más cuando veo que ser maestro es ser humilde; que es labor ajena al bullicio y a la ostentación y tiene su base en la verdadera caridad cristiana. Esta quizá sea la razón por la cual muy pocos son los que se dedican a ese apostolado; pero en vuestro caso podéis tener la satisfacción íntima de que vuestros discípulos, esa juventud noble a la que habéis armado para el combate de la vida, ha sabido sacaros de la penumbra en que voluntariamente habéis querido colocaros y daros a conocer en vuestro positivo valor. Yo os aseguro que en todos los hogares colombianos en que palpita un corazón rosarista, vuestro nombre es pronunciado con respeto y recordado con

la más alta gratitud. Y cómo no? si los que hemos tenido la dicha de ser vuestros discípulos hemos encontrado en vuestra personalidad al maestro, al profesor y al amigo.

Aceptad pues, señor, este insignificante homenaje, que si bien está desprovisto por entero de adornos literarios, en cambio es abundante en reconocimiento y gratitud.

BERNARDO REYES ACOSTA  
Colegial e inspector

### Los alumnos externos al señor Vicerrector

Señor Vicerrector:

El cuerpo externado del Colegio, ha querido que yo os hable en esta solemnisima ocasión, y lo hago con tanta mayor fruición cuanto que así satisfago las exigencias de mi propia gratitud.

Esta celebración no es otra cosa que el reconocimiento a veinticinco años dedicados a la virtud y a la ciencia, en los cuales con mano celosa habéis sembrado en las almas de la juventud las ricas semillas de buenas y fecundas enseñanzas. Muchas muestran ya la esperanza del fruto y la espléndida cosecha redundará en beneficio de la sociedad y de la nación: por eso mereceréis bien de la patria, porque vos, señor, formáis los obreros que han de levantar y hacer grande y magnífico el apenas iniciado edificio de nuestra nacionalidad.

Muchos soles os vieron inclinado sobre el surco, y ya al caer de la tarde de vuestra vida, con la cabeza blanqueda por los sudores de la lucha, debéis sentir esa satisfacción del que ha llenado su misión, repleta el alma del goce sin medida que da la recolección sana y abundante.

Vosotros los maestros, hacéis vuestra labor callada y gigante con hermosas armas de amor y sacrificio, desgraciadamente la humanidad no comprende la grandeza de vuestro heroísmo ni la de vuestra obra, porque ella siempre tuvo la indiferencia para sus benefactores. Héroes ignorados que preparáis el porvenir, anónimos conductores que empujáis el progreso, fuerzas primeras de toda transformación, contentaos con ser la mano oculta que perfiló los rasgos portentosos que ostentaron todas las civilizaciones!

Y vos, doctor Jiménez, ojalá que vuestra mano se abra por muchos años sobre el terreno virgen de las almas...

Por mi conducto recibid el homenaje de gratitud y admiración que arrancan en el alma de vuestros discípulos las eximias cualidades que os adornan, homenaje éste que es el tesoro más grande y bello que puede codiciar una alma sobre la tierra, sobre esta tierra donde todo es mentira, donde todo es injusticia, donde el bueno y el sabio no tienen otra recompensa que la amarga cicuta o la infamante cruz!

Triste destino de lo grande sobre este mundo de los espejismos!

VICTOR AMAYA GONZALEZ  
alumno externo.



Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico